

LO JUSTIFICABLE

Después de haber puesto en escena semanal, durante los veinte primeros meses de este periódico, el contexto sentimental de la Transición a la luz de las pasiones que la sostienen, ahora, en esta nueva serie de artículos sobre los presupuestos culturales de toda sociedad, estoy tratando de reconstruir el contexto de la mentalidad colectiva donde triunfó la Reforma y fracasó la Ruptura.

Martín-Miguel Rubio, en su acertado artículo sobre «La Transición de Polibio» (LA RAZÓN, 4/11/2000), ha definido bien cuál es mi actual propósito. Pues lo que trato de hacer aquí es, precisamente, la historia pragmática de la Transición, revelando hechos silenciados y valores inconfesados, contra las historias legendarias y apoloéticas que pretenden justificarla con mitos ilusos y falsos argumentos morales.

Toda reconstrucción histórica, sea de una novedad política o de un hallazgo científico, es una empresa de justificación de una teoría. Sin embargo, existe una diferencia sustancial entre lo que sucede con los descubrimientos de la ciencia natural —donde los factores psicológicos y sociales pueden ser explicativos de los inventos, pero en modo alguno justificativos de su validez normativa—, y lo que ocurre en las innovaciones políticas, donde la génesis de la novedad constitucional sigue siendo determinante de la validez moral o legitimidad de la teoría vigente.

El postulado de correspondencia entre lo experimentado y lo que de ello se relata, puede ser verificado en la ciencia porque, a pesar de que el contexto de justificación, donde opera la mente del historiador o del epistemólogo, es diferente del contexto de descubrimiento, donde nació la teoría, ésta se puede reconstruir lógicamente.

Pero este método de justificación de teorías no es aplicable a la historia de las costumbres ni a las invenciones políticas. Pues en la acción humana, los hechos son refractarios a la posibilidad de su reconstrucción por medio de la lógica. Lo cual no significa que todos los aspectos de la historia política sean injustificables por la razón, pero sí quiere decir que la justificación racional, lo justificable, se reduce en ella a los razonamientos morales derivados de los nudos hechos. Por eso el historiador ha de enfrentarse a los dos clásicos adversarios de la verdad con distintas armas.

Para refutar las mentiras del poder sobre los hechos que lo elevaron al Estado, consagradas por la propaganda de los medios de comunicación, el historiador sólo puede esgrimir los hechos verdaderos que las contradicen. Sin acudir a valores racionales o culturales que impliquen ideas de «deber», para no incurrir en lo que se llama «falacia naturalista», que explicaré en próximo artículo.

En cambio, para refutar las «falacias formales» en los razonamientos que justifican el sistema, el historiador tiene que



emplear, como cualquier otro ciudadano inteligente y honesto, la consistencia de la lógica y las sugerencias invencibles de las evidencias morales.

A causa de la represión política de la difusión de la verdad y del carácter mitológico y demagógico de las mentiras, éstas son más difíciles de destruir que las falacias. Por eso, aunque tenga autoridad para denunciar las mentiras, por mi condición de autor de la acción política que se opuso a la Reforma en el inicio de la Transición, estoy desvelando la verdad de este hecho histórico poco a poco, a medida que destruyo cada falacia argumental, y no a la manera sistemática del historiador profesional.

De este modo puedo ir amparando la credibilidad histórica de mis descripciones fácticas, en la falta de credibilidad de los hechos causantes de las falacias argumentales del discurso oficial.

En la historia política sólo es justificable lo razonable, es decir, lo que es susceptible de ser sometido al juicio de la razón. Verdaderos o falsos, los hechos no son cuestionables por la razón lógica.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

SOBERANISMO EN LA LIGA

La Liga de Fútbol Profesional está en campaña electoral. A la sucesión de Antonio Baró, recientemente fallecido, aspiran Pedro Tomás, que ha sido, hasta la fecha, secretario general, y Domingo Guzmán, vicepresidente del Athletic Club de Bilbao. El primero es uno de los ejecutivos de la casa y su presidencia está condicionada a la modificación de los estatutos, a fin de que el puesto sea remunerado. Guzmán solamente desea ser presidente institucional, es decir, sin sueldo.

La lucha de ambos aspirantes está centrada en el hecho de que a Tomás le apoyan la mayoría de los clubes de Segunda y algunos de Primera. Casi todos los apoyos de Guzmán son

No me refiero en el título de este artículo a los enormes complejos fabriles que creó la revolución industrial en su estallido. Centros de producción en que ejércitos de obreros penetraban al silbido de las sirenas, para dejarse la piel en agotadoras jornadas de trabajo, dominando arriesgadamente la materia para convertirla en objetos de utilidad humana. Bienes de uso que en hábil prestidigitación los propietarios de la empresa transformaban en rentables mercancías, en valor de cambio y fuente de beneficio. En estas enormes concentraciones nació la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora y la convicción de su fuerza si en la acción se unían. La astucia del capitalismo y las evoluciones tecnológicas que desde dicha astucia fue produciendo, aunque no acabó con semejante realidad, desde que percibió su peligro, se esforzó por ir erosionándola. En primer lugar, mediante una distribución espacial: separación del montaje y la elaboración de componentes en industrias, de tamaño más reducido. En segundo lugar, recurriendo al traslado a países del Tercer Mundo en que la explotación es fácil y las acciones de protesta, si estallan, quedan alejadas y confiadas a gobiernos cuyo desprestigio no preocupa. La



metrópoli del Primer Mundo conserva la dirección y programación, el cerebro director de miembros dispersos. Y a ello se añaden las nuevas tecnologías. Los robots carecen de derechos laborales y de capacidad de hacer huelga, son

esclavos ideales. Y, además, el trabajo a domicilio, el más aislado, aunque largamente utilizado es reforzado por la informática que le abre nuevas posibilidades. Pero no es sobre esta enorme realidad histórica y su crisis sobre lo que principalmente quería llamar ahora la atención del amigo lector, sino sobre otro gran acontecimiento de nuestra última evolución histórica. A medida que el capitalismo trata de aminorar la importancia del complejo fabril tradicional va levantando una nueva e inmensa fábrica. Una fábrica que elabora no ya objetos útiles, sino que fabrica el mundo entero en que vivimos y nuestra propia conciencia. Vivimos en un universo fabricado. En mi anterior artículo me refería al hecho de que una enorme proporción de los alimentos que consumimos son alimentos fabricados, es decir sometidos a un proceso industrial en manos de grandes empresas, cuya única norma, ya que de empresas capitalistas se trata, es el beneficio máximo. Así se han elaborado los nocivos piensos cármicos, buscando acelerar e incrementar la producción, y resultando de tan antinatural proceder el mal de las vacas locas, que alarmantemente se va extendiendo a más y más de las especies de que nos alimentamos. Pero no sólo nutrimos nuestro cuerpo, también necesitamos alimentar nuestra mente. El «como luego existo» de Ramón Turro, que he comentado en anteriores artículos, se completa con el cartesiano y más conocido «pienso, luego existo». Y también lo que recibimos como pasto espiritual es fabricado. En primer lugar la información, las noticias que llegan a nuestros hogares y nuestra conciencia, bien preparadas en los altos hornos de las industrias de comunicación de masas. Y la misma producción literaria y artística, por la «industria cultural», que tanto preocupó a Horckheimer y Adorno.

Y nuestro universo político. Tomemos un caso aparentemente extremo: ¿se puede fabricar un presidente de los EE UU? Si alguien lo duda, yo le recomendaría, entre otros muchos testimonios posibles, la lectura de la obra de Grisham, «La hermandad». Una ficción novelesca, pero, a través de la fantasía, lúcidamente desveladora. Creemos relacionarnos con seres humanos y nos encontramos sólo con productos de grandes fábricas. Hace ya bastantes años una hija mía, entonces en la infancia, viendo humear la chimenea de una fábrica, me preguntó si estaban fabricando una muñeca, algo muy coherente con su mundo pueril. Le expliqué que no era el caso. Pero ahora veo que me equivoqué; la principal misión de la gran fábrica en que se ha convertido nuestra sociedad es fabricar muñecos humanos, sean presidentes o simples votantes, cuya papeleta también es fabricada. ¿Cómo podremos hacernos con esta gran fábrica, para conseguir que vuelva a nacer el ser humano? ¿El nuevo ser humano soñado por la revolución?

Carlos PARÍS

